

Rusia contra Rusia: (análisis de una crisis de identidad)

UNO de los más

incitantes enigmas que trajo consigo el hundimiento del comunismo soviético fue saber que es lo que haría Rusia a partir de aquel momento. Eran muchos los interrogantes: cómo se desintegraría el imperio, bajo qué forma se configuraría el nuevo régimen, cuál sería la reacción de las gentes al salir del sueño totalitario, si se presentarían o no movimientos involutivos, qué capacidad de democratización, modernización de costumbres y aspiraciones, de adaptación a la economía de mercado tendría el nuevo país. En el fondo, era una situación parecida a la de aquel terrible día en que Pedro el Grande en persona decapitó a los «streltsi», allanándose el camino para las reformas europeizantes que tanto había deseado.

Pasados casi cinco años desde la disolución de la Unión Soviética los interrogantes siguen absolutamente abiertos. El imperio se ha desintegrado en apariencia, pero en los nuevos países independientes (Ucrania, Moldavia, Bálticos, Kazachstán, Bielorrusia, Georgia...) y sobre todo en la antigua metrópoli —especialmente en el conflicto de

esfuerzos que se emplean en forzar unas u otras inevitables prioridades —un paso adelante y otro atrás—, desgastan a la gran nación y esterilizan en gran parte los logros.

*Esta dinámica se ha dado ya varias veces en la historia de Rusia, que no ha salido todavía de su **crisis de identidad**. Basta el paso de una generación para que se impongan en la siguiente las directrices alternativas. Y ni siquiera el comunismo se libró de este maléfico turno. Al universalismo (europeísmo) de Lenin y Trotski, siguió el profundo eslavismo del georgiano Stalin, y a este, la nueva apertura de los sucesores empezando por Kruschev, todo lo cual repercutía en la continuidad del desarrollo, como bien se ha visto.*

*LA situación actual se mueve en la misma contienda práctica (y aun teórica) de intereses. Yeltsin representa aproximadamente el intento europeizador, mientras Zhirinowski (restauración zarista) y los nuevos comunistas vencedores parciales de las recientes elecciones a la Duma, fomentan los valores, diversos, procedentes de la nostalgia. Pero en cualquier caso las dificultades por hacer prevalecer una sola directriz son insalvables. Dejando aparte algunos proyectos marginales de diversos caracteres totalitarios, que también existen, quedan sólo dos opciones: la euroasiática, eslavófila, que haría a Rusia cada vez más distinta de Europa. O bien la segunda, inclinarse a los «occidentalistas» («zapadniki»), con dos subopciones: **democracia-modernización**, que tendería a la homologación con Europa Occidental o hegemonía rusa **en Europa Oriental y no en Asia**.*

Todo esto, hoy por hoy, no es apenas sino una elucubración teórica, porque en el mejor de los casos habrán de pasar quince o veinte años antes de que Rusia pueda marcarse una orientación definitiva, si es que lo consigue, ni menos pensar en ninguna aventura expansionista. En la práctica, no es viable ninguna de estas soluciones claramente aisladas. Y por eso precisamente, el futuro de Rusia es incierto en extremo, porque la situación es de equilibrio inestable.

permitido ver en Rusia a una Iglesia católica minoritaria pero muy orgánica, y revestida de brillo martirial, ante una Iglesia ortodoxa que —aunque en otros tiempos tuvo mucho que sufrir de manos comunistas, sobre todo estalinianas— aparecía en los últimos años como beneficiaria de privilegios otorgados. Roma se apresuró a aprovechar la circunstancia favorable de la salida de las catacumbas para nombrar dos arzobispos que dieran consistencia jerárquica a los católicos existentes en el territorio de la Federación rusa, en torno a los dos millones. Pero esta medida fue mal tolerada por el Patriarcado de Moscú que veía invadido «su territorio canónico» (sic). Como igualmente está siendo mal soportado por las instituciones ortodoxas el culto católico, vivo y asequible en lengua rusa moderna, frente al anquilosamiento de la esotérica liturgia ortodoxa, oculta e ininteligible tras su coraza vetero-eslava.

Chechenia, los derechos humanos y el Consejo de Europa

EL 25 de enero Rusia fue admitida en el Consejo de Europa por una gran mayoría (164 votos a favor, 35 en contra y 15 abstenciones) como miembro 39 del mismo. El conflicto de Chechenia había entorpecido el proceso. ¿Es que el obstáculo ha desaparecido? Se calcula que el conflicto de Chechenia ha costado ya unas 50.000 víctimas, en su mayoría mujeres y niños absolutamente indefensos, más que el número de muertos violentamente en toda la URSS desde la muerte de Stalin en 1953. Es evidente que se trata de un salvaje genocidio (tanto ruso como chechenio, todo hay que decirlo) que hace tan sólo un año fue severamente criticado por el Consejo de Europa, la Organización de la Seguridad y Cooperación Europea y la Unión Europea. Y que las responsabilidades, por diluidas y sucesivamente descargadas que estén, recaen de forma directa sobre el Gobierno de Yeltsin (Chernomyrdin). ¿Qué es entonces lo que ha movido a los representantes de una institución que se ha caracterizado desde hace muchos años por la defensa de los Derechos Humanos a dar su voto favorable a un país tan poco recomendable?